

en particular, pues «la libertad es la condición fundamental de la felicidad humana, y por consiguiente, la cosa más importante del mundo, y yo trato de gozar de ella tanto como me es posible». «Por otra parte, continúa, la igualdad es una condición de la vida de la sociedad, y la vida de la sociedad es inseparable de la vida del individuo. Por consecuencia, la ventaja de cada individuo en particular requiere como condición la igual libertad de todos». El razonamiento no es malo, pero fáltale á Tucker demostrar que, una vez convencidos de su mayor fuerza y, por ende, de su mejor derecho, ciertos individuos ó grupos querrán resignarse á respetar á los más débiles, retrayéndose de dominarlos ante la consideración filosófica, no histórica, de que la igualdad es condición de la vida social.

Con todo, aun incurriendo en inconsecuencia, los anarquistas á que acabamos de referirnos reconocen que es necesario poner algún límite á la libertad individual, y juzgan que deben existir normas jurídicas, para cuyo cumplimiento se haga uso, en caso necesario, de la coacción por toda clase de medios, sin exceptuar la cárcel, la tortura, la pena de muerte. Quedan, pues, muy atrás de aquellos otros, á quienes puede apellidarse *violentos*, que se declaran enemigos de la sociedad entera, cuyos vínculos tratan de destruir para sustituirlos con el libre conflicto de las individualidades. Creen estos anarquistas que debe emplearse la violencia, sin cortapisa ni restricción de ninguna clase en cuanto al lugar, al tiempo y al procedimiento, y de ahí la denominación que se les aplica. Sus apóstoles han sido gentes que, cayendo bajo la acción de las leyes penales, tenían los suficientes conocimientos para pretender justificar sus actos, invocando razones doctrinales. En un manifiesto que el famoso club *Autonomy* publicó en Londres en mil ochocientos noventa y cuatro, se sustentaba la tesis de «la emancipación por el robo». La propiedad es fruto del latrocinio, se decía; es menester, por tanto, destruirla por el mismo medio que ha servido para formarla: que cada pobre practique la *reivindicación individual* sobre los bienes de aquellos que los detentan, y la humanidad se librará de la miseria sin tener que someterse al yugo de la disciplina colectivista. No se excluía ninguna forma de reivindicación individual, y algún tiempo después de publicarse el referido manifiesto, que se intitulaba ¡Viva el robo!, uno de los anarquistas de Londres, recogido por un camarada, aprovechó el sueño de su compañero para quitarle el dinero, los útiles de trabajo y la ropa. El suceso fué tema de porfiadas discusiones en los clubs del partido de Londres: los individualistas anárquicos defendieron al ladrón. «Puesto que la propiedad es un robo, alegaban, se debe combatirla en todas partes, apoderándose de ella donde se la encuentre, en casa del rico como en casa del pobre, en la del amigo como en la del enemigo».

A la apología del robo unen estos anarquistas la del asesinato, que será tanto más eficaz cuanto mayor alarma cause. Se trata, como se ve, de una verdadera secta, en

cuyo seno hay, por desgracia, individuos bastante fanáticos para practicar las horribles teorías de destrucción y muerte que predicán. Odiando el poder, han dirigido sus golpes á los jefes de Estado y á los ministros, haciendo responsables de la existencia de la institución á sus representantes. Otras veces parecen impulsados en sus actos sanguinarios por el mero afán de ofrecer víctimas humanas á algún nuevo Moloch, y todavía, durante algún tiempo, pensaron que el verdadero atentado libertador era la bomba lanzada en medio de la confiada muchedumbre; porque la inercia y pasividad de la multitud es, á sus ojos, el obstáculo más grande con que tropieza el libre desenvolvimiento de las individualidades. Los hechos abominables realizados por esos implacables enemigos de todo lo existente, revelan una subversión tal de las ideas y sentimientos desenvueltos por las disciplinas sociales en el curso de la civilización, que no se concibe cómo la naturaleza humana puede caer en semejantes extravíos.

Más numeroso que los dos grupos anteriores es el formado por los anarquistas comunistas, que continúan la tendencia iniciada por Bakunine. Como los marxistas se llaman al principio comunistas, el agitador ruso y sus amigos se denominaron colectivistas, y aun hoy, en España, esta fracción sigue apellidándose así; pero adoptado por los primeros el nombre de colectivistas, los segundos lo han abandonado en casi todas partes. Á dicho grupo pertenecen los teóricos más conocidos del anarquismo, como Eliseo Reclus, Kropotkine, Juan Grave, Sebastián Faure, autores de libros y folletos y fundadores ó redactores de los periódicos que gozan de mayor autoridad en el partido. Estos anarquistas son partidarios de la revolución, y algunos de ellos recomiendan abiertamente «la propaganda por los hechos», como los individualistas. Así, por ejemplo, Kropotkine escribe: «Hombres de corazón que no solamente hagan discursos, sino que obren; caracteres puros que prefieran la prisión, el destierro y la muerte á una vida que es la negación de sus propios principios; naturalezas audaces que sepan qué es lo que debe aventurarse para triunfar: estos son los precursores que comienzan la lucha largo tiempo antes de que las masas se decidan á enarbolar la bandera de la rebelión y hagan valer su derecho con las armas en la mano. En medio de las contiendas, discursos y discusiones, surge á lo mejor un hecho de rebeldía realizado por uno ó varios individuos, y este hecho sirve de expresión material al deseo de todos.» Kropotkine es ruso y estuvo afiliado al nihilismo, lo mismo que Bakunine: sus antecedentes y su lenguaje evidencian el estrecho parentesco que existe entre nihilistas y anarquistas, como hemos observado más de una vez. Otros anarquistas, sin excitar á la ejecución de actos de violencia individuales, les buscan atenuaciones y excusas. Tal Juan Grave, que dice: «¡Oh!, hay por parte de los anarquistas, es innegable, actos que contradicen todas las concepciones de la humanidad.... Si yo tuviese en mis manos una bomba y debiera arrojarla en medio de una multitud de burgueses anónimos, sabiendo que iba á matar mujeres y niños, como

ocurrió en el Liceo y en la calle de Cambios Nuevos, cualquiera que sea mi odio de clase contra la burguesía, confieso que me faltaría valor para tirarla. ¿Y cuántos anarquistas no retrocederían ante estas hecatombes? ¿Cuántos de ellos no demostraron su repulsión al conocerlas? Para que un anarquista se lance á ejecutar tales actos, es menester que tenga el corazón torturado por el odio, corroído por el dolor. Para que un anarquista, cuya preocupación constante es la justicia, pueda decidirse á ejecutar fríamente un acto que va á causar la muerte de tantas personas, culpables únicamente de formar parte de la clase privilegiada, hace falta que su pecho esté profundamente ulcerado. Que los burgueses heridos fulminen su anatema contra ellos, es conforme á la lógica humana. Si reflexionan, sin embargo, en las miserias que engendra el orden social de que ellos se aprovechan, en las vidas humanas segadas por su avaricia, se maravillaran, por el contrario, de que no sean más frecuentes los trastornos en su sociedad. No dudamos de la sinceridad de estas afirmaciones, pero si preguntamos: ¿qué clase de justicia es esa que constituye la preocupación constante de los anarquistas que esparcen la muerte entre seres inocentes? Aun suponiéndolos víctimas del orden social, que no lo son, al menos en el grado que pretenden, no por ello se disculparía su conducta: en algo debe distinguirse el hombre, el ser racional, de la fiera que, al sentirse herida, se revuelve, ciega de ira, contra todo lo que se le pone por delante.

Los comunistas anarquistas piden la sustitución de la propiedad individual por la colectiva; mas, enemigos de la autoridad, bajo cualquier forma que se manifieste, quieren poner aquélla á disposición de grupos autónomos, independientes unos de otros y compuestos de compañeros iguales. Rechazando en absoluto la intervención del Estado, combaten la nacionalización del suelo y de la industria hasta como expediente provisional, considerando que sería una agravación del despotismo dominante. No les importan, por esta causa, los cambios de gobierno, ni se interesan en las luchas de los partidos, ni hacen uso del derecho electoral. De aquí también que hallen auxiliares en aquellas facciones socialistas que no ven con buenos ojos el oportunismo de los socialistas demócratas.

No han faltado, entre los anarquistas de que hablamos, quienes hayan tratado de llevar á la práctica sus teorías. Los resultados han sido poco satisfactorios. Las asociaciones fundadas en la República Argentina y el Brasil por emigrantes europeos, han tenido corta vida. Entre las razones que aduce un autor anarquista para explicar el fracaso de estos ensayos, hay algunas de que conviene tomar nota, como, por ejemplo, la falta de acuerdo y perseverancia, el despojo por parte de algunos, la incompatibilidad de caracteres, el figurarse muchos de los colonos que iban á encontrar su *Cuartel de Inválidos* en la nueva agrupación, y las dificultades materiales producidas por la roturación de terrenos vírgenes, el alejamiento de toda vida civilizada y la falta de capitales. De estas cau-

sas, las primeras son inherentes á la naturaleza humana, y deberían bastar para convencer á los anarquistas de lo deleznable de su sistema; y respecto á las últimas, bueno sería que pensasen que todas esas dificultades materiales con que tropezaban sus correligionarios, han ido venciendo en la sociedad de que abominan merced al estímulo de la propiedad individual.

Con el desengaño recibido, dejáronse los anarquistas de hacer nuevas tentativas en América; pero, persistiendo en su empeño, trataron de realizar el comunismo entre sí, sin salir de Europa. Tal fué el origen de la *Commune de Montreuil*, en Francia. A poco de haberse fundado, la represión de mil ochocientos noventa y tres y noventa y cuatro dispersó sus miembros: no sabemos, por tanto, cuál hubiese sido su suerte á haberse podido desenvolver libremente, aunque es fácil suponerlo si hemos de juzgar por el ejemplo que ha ofrecido otro ensayo del mismo género verificado en Newcastle de Tyne. Aquí, en efecto, se estableció otra colonia comunista, debida á la iniciativa de un alemán, que contó con la ayuda de un filántropo inglés. Grave refiere su historia en breves palabras: es un párrafo instructivo. «La colonia, dice, se ocupó en trabajos de jardinería, obteniendo resultados prodigiosos que maravillaron á la municipalidad burguesa de Newcastle. Su personal subió á veinticinco ó veintiséis individuos. Sin embargo, no sé por qué causas, la división estalló entre ellos: la colonia decayó y tuvo que disolverse. *El material quedó en poder de dos ó tres individuos, que lo explotan, según creo, aplicando el régimen puramente capitalista.*» Este hecho y la experiencia recogida en América son de por sí bastante elocuentes. A pesar de ello, los teóricos del anarquismo comunista se complacen en trazar cuadros idílicos de su sociedad futura, en que no habrá robos, porque no existirá la propiedad, lo que es obvio; ni adulterios, porque se habrá abolido el matrimonio, lo que también es claro, y en donde reinarán la paz, la justicia y la abundancia, lo que ya resulta bastante turbio.

Hay, además de las expuestas, otra dirección en el anarquismo, que debemos mencionar, aunque sólo sea por respeto á la celebridad de su propulsor. Aludimos al anarquismo místico de Tolstoy, el insigne novelista ruso. Éste no admite la violencia, pero sí la resistencia pasiva. Su punto de partida es el cristianismo, no el cristianismo, dice, desnaturalizado por todas las iglesias, católica, griega y protestantes, sino el que emana de la palabra misma de Cristo. Tolstoy es un cristiano que no cree en la revelación ni en la divinidad de Jesús. «La fe en Cristo, escribe, no es la confianza en algo que á Cristo se refiere, sino el reconocimiento de la verdad.» Según él, la ley suprema del hombre es el amor, que nos prohíbe oponernos al mal por la fuerza. De esta ley deduce Tolstoy que deben desaparecer la propiedad, el derecho y el Estado. Por esta causa se le incluye entre los anarquistas. Su doctrina es una mezcla curiosa de misticismo, racionalismo y humanitarismo.

La existencia del anarquismo, como partido, se debe á Miguel Bakunine: ya lo hemos dicho. Nació Bakunine el año de mil ochocientos catorce, en la provincia ó gobierno de Twer, cerca de Moscou. Su familia pertenecía á la aristocracia rusa. Habiendo ingresado en el ejército, como oficial de artillería, fué destinado á Polonia, en donde el espectáculo del régimen opresor allí imperante le hizo aborrecer el despotismo. Renunció á su carrera y se retiró á Moscou, dedicándose á estudiar la filosofía con Belinsky. Hacia mil ochocientos cuarenta y seis, fué á Alemania; le sedujeron las ideas hegelianas, y se afilió á la izquierda de esta escuela. Posteriormente, fué agitador en París, conspirador y revolucionario en Alemania. En Sajonia le condenaron á muerte y, conmutada esta pena por la de detención perpetua, estuvo algún tiempo preso en una fortaleza austriaca. Rusia lo reclamó y lo encerró en el castillo de Petropaulwsk, en San Petersburgo. Allí vivió ocho años. La prisión transformó en él la idea revolucionaria en verdadero fanatismo. Bakunine se consideró llamado á emancipar á los hombres, comparándose con Prometeo, encadenado en una roca del Cáucaso por orden del Czar del Olimpo. Alejandro II lo sacó de su encierro, desterrándolo á Siberia. El gobernador de esta provincia era pariente suyo, y lo trató con suma benevolencia. Aprovechándose de su valimiento, Bakunine obtuvo autorización para viajar por el país, con el pretexto de conocer sus recursos. De este modo llegó al puerto de Nikolaiefsk, donde consiguió embarcarse, yéndose al Japón, después á América y regresando de aquí á Europa. Colaboró en el famoso diario *El Kolokol*, que redactaban Herzen y Ogaref. Cuando la insurrección de Polonia de mil ochocientos sesenta y tres, quiso ir á la Lituania para sublevar á los campesinos, pero no pudo pasar de Suecia. En mil ochocientos sesenta y cinco, se le encuentra en Italia organizando y fomentando el socialismo, y en Septiembre de mil ochocientos setenta, organizó un movimiento insurreccional en Lyon. Desbaratados sus planes, huyó á Ginebra. Marx hizo que lo expulsasen de la Internacional en mil ochocientos setenta y dos, como sabemos, y al año siguiente, cuando la *Asociación del Jura* fundó una nueva asociación universal, abandonó la vida activa, retirándose á una quinta, que su amigo Cafiero le había cedido, cerca de Locarno. Sintiendo gravemente enfermo, fué á Ginebra en mil ochocientos setenta y seis, para que le viese otro amigo suyo, el doctor Vogt: allí murió el dos de Julio. Bakunine escribió poco, haciendo sentir principalmente su influencia por medio de su palabra y de la *Alianza de la democracia socialista*: aunque era comunista, consideraba como un crimen el querer averiguar cuál sería la organización de la sociedad futura, porque así se detenía la marcha de la revolución. Su ideal, por de pronto, era la destrucción universal, el *amorfismo*.

Los anarquistas han tenido también sus congresos, aunque no en tanto número como los socialistas. En mil ochocientos setenta y ocho celebraron el de Friburgo; en mil ochocientos ochenta, el de Ginebra; en mil ochocientos ochenta y uno, el general de

Londres; en mil ochocientos ochenta y tres, el de Grenoble, en donde afirmaron la necesidad de la *propaganda por los hechos*. El anarquismo ha reclutado sus adeptos especialmente en los países latinos, es decir, en aquellos en que es menor la iniciativa del individuo y más débil el sentimiento de la responsabilidad personal. En los germánicos, su propaganda no ha hecho tantos prosélitos. En los Estados-Unidos y en Inglaterra, son los alemanes, italianos y franceses, emigrados ó fugitivos, los que mantienen el movimiento. La causa principal de la rápida difusión del anarquismo está en la ignorancia de los trabajadores, que les permite acariciar esperanzas irrealizables; y el arma más temible que esgrimen sus propagandistas, la injusticia y la inmoralidad de las clases elevadas. Instruyamos, pues, y eduquemos á los primeros; moralícense las segundas, y se habrá dado un paso para alejar el peligro de la lucha de clases que se cierne sobre nosotros, y en la que se ahogaría la libertad y acaso naufragase la civilización.